

WILLEM HOOGENDYK

EL GRAN CAMBIO DE RUMBO

SOMETER AL DINERO Y AL PRODUCTIVISMO
CONSTRUIR UN FUTURO SOSTENIBLE Y SOCIAL

Icaria ✠ Milenrama

ÍNDICE

Resumen	7
Prefacio, <i>Serge Latouche</i>	9
Comentarios del autor a esta edición	15
Historia del libro	15
Contenido	17
Cómo leer este libro	19
Agradecimientos	20
Prólogo	21
La crisis ¿un don del cielo?	21
Primera Parte	
Reflexión económica herética	27
El crecimiento, ¿para qué?	27
Producir sin cesar	29
¿Cómo trabaja el dinero?	30
El interés	31
Instrumento de poder	35
El valor de cambio	38
Devaluación	39
Competencia	42
Siempre más	46
Entropía	49
Economía de la naturaleza	51

La espiral de la miseria	57
La gran brecha	58
La teoría como camuflaje	63
El pilar del sostenimiento	66
La jerarquía	68
Emancipación	71
Víctimas	72
Falsas soluciones	73
Tecnología	74
Necesidades	76
Deseos	78
Hacer dinero	80
Crear dinero	82
¿Instrumento democratizador?	86
Dictadura	88
La bella...	90
...y la bestia	91
Economía mixta	94
El Estado	95
Yangdaimrhône S.A.	99
La nube monetaria	101
Mundialización	104
En fin de cuentas	108

Segunda Parte

El gran cambio liberador	117
Primeras señales de buen sentido	118
La espiral del progreso	122
Domesticar al dinero	123
Algunas cifras	125
Estrategia a dos bandas	126
Información	129
Flexibilizaciones	131
El mercado, ¿hasta dónde?	136
¿Totalitario?	138
Liberación	139

¿Aún más planificación?	141
Comercio responsable	144
Motivación	146
Producción para todos	153
Ecotasa	159
¿Menos ingresos públicos?	163
En la escena internacional	165
Relocalización	166
Un proyecto de convivencialidad	170
Países en desarrollo	171
Reverdecer el planeta	176
La nueva economía	178
(de la oferta a la demanda)	178
Hacia una convergencia mundial	181
(ecológica, económica y cultural)	181
Resumiendo:	183

Tercera Parte 189

¡Preparemos la liberación!	191
Un movimiento de gran envergadura	195
Un enfoque apropiado	198
Obras en curso	201
Estadio prerrevolucionario	204
Los individuos	205
El mundo de las empresas	216
Sindicatos	227
La élite patronal	231
Las autoridades locales	234
Animadores sociales	244
Los gobiernos	246
Los medios de comunicación	253
Organizaciones en general	257
Organizaciones sociales y ambientalistas	257

Epílogo 263

Un postfacio personal	263
-----------------------	-----

Popurrí (Cajón de sastre)	267
Algunas citas, hechos y otras cosas absurdas	267
Notas	279
Primera parte	279
Segunda parte	288
Tercera parte	298
ANEXO 1	
Una idea genial. Hacer cada vez más con la misma cantidad de energía	305
ANEXO 2	
Superdesarrollo y subdesarrollo	309
ANEXO 3	
Esbozo de las próximas décadas	312
ANEXO 4	
Dinero y naturaleza	315
ANEXO 5	
El sueño del reformador monetario	319
ANEXO 6	
Sobre las fuerzas y las relaciones de producción	324
Bibliografía	331
Publicaciones del autor en inglés o francés	334
Folletos	334
Artículos	335

RESUMEN

Esta obra se ha construido en tres tiempos: constatación, proposición y pistas para actuar.

La *primera parte* desarrolla una crítica a la economía actual, poniendo en evidencia la compulsión del crecimiento causada por el sistema basado en la multiplicación del dinero. Este análisis, incluso juzgado herético en 1990, cuando una primera versión del libro fue escrita, gana aquí legitimidad después del estallido de la crisis de la deuda.

La economía actual, estimulada artificialmente por el crecimiento de la masa monetaria con el apoyo de los bancos, ha conducido al «productivismo» de tener cada vez más. El consumo, generalmente percibido como el motor que avala la producción, es, contrariamente, su consecuencia. Al mismo tiempo, el consumo, convertido en obligatorio para la supervivencia de las empresas, debe crecer al unísono. La obligación de consumir, véase desperdiciar, es el defecto capital del sistema económico contemporáneo, según el autor. En tanto ecologista convencido, Willem desarrolla por tanto una lección ecológica básica: estamos trastornando completamente el proceso evolutivo que nos ha proporcionado la vida, y la naturaleza comienza a hacernos pagar cruelmente las consecuencias.

En la *segunda parte*, la obra propone la creación de una economía apacible a fin de proteger lo que constituye la base de todo sistema económico: la biosfera. Será crucial la transformación de la economía «moderna» de la oferta, véase del crecimiento, en una economía orientada hacia una demanda restringida. Será al mismo tiempo social, basada en la participación de los ciudadanos y en la cooperación. Las empresas funcionarán en ella de una manera más ágil, gracias a la flexibilización de la remuneración del capital, por una parte, y gracias a una organización

más flexible del trabajo, por otra. El resultado será una verdadera liberación de las tensiones del productivismo y de la nefasta compulsión del crecimiento. El dinero dejará de ser patrón y se convertirá en servidor.

La *tercera parte* enumera las múltiples acciones concretas a llevar a cabo por la gente, las empresas y los actores sociales y los responsables municipales y nacionales. Todos ellos podrán realizar conjuntamente un futuro sostenible, por tanto más inteligente y más social.

PREFACIO

SERGE LATOUCHE*

Tuve la suerte de conocer a Willem Hoogendyk en el momento en que terminaba mi último libro «*Le pari de la décroissance*» (primera edición Fayard, 2006) [*La apuesta por el decrecimiento ¿Cómo salir del imaginario dominante?* Icaria, 2009]. El interés de mis artículos leídos en *Le Monde Diplomatique* le impulsó a escribirme y, de esa manera, comenzamos a mantener una relación que se convertiría en amistad. Tuvo la buena idea de enviarme a tiempo para que yo pudiera aprovechar su libro y algunos *working papers*. Así fue cómo me enteré de que Willem ya había publicado, a comienzos de los años noventa, una verdadera teoría del decrecimiento económico, con el título de *The Economic Revolution. Towards a sustainable future bay freeing the economy from Money-making*, (International Books, Utrecht, 1991/92). Este libro revisado, actualizado y enriquecido se publica ahora en francés con el título de *Le grand virage libérateur*. Sin molestarse demasiado por la semántica, Willem utiliza las palabras *shrinking* y *shrinkage* para designar lo que Nicolás Georgescu Roegen llamaba *decline* y que el francés designa por la palabra intraducible de *décroissance*, puesta en inglés como *degrowth*. Es así como me pude aprovechar de su aporte particular en cuatro ámbitos: el interés como dictador del crecimiento, la relocalización/regionalización, la transición hacia una economía sobria y la adaptación del trabajo.

1. El uso de la moneda y del crédito necesario para que los que no tengan ingresos suficientes puedan consumir y permitir la inversión sin disponer del capital necesario, es un «dictador» de crecimiento, tanto en los países desarrollados como en los países emergentes. Los economistas tratan bas-

* Profesor emérito de economía de la universidad de Orsay, objeto de crecimiento.

tante poco esta cuestión y yo, de hecho, fui sensibilizado por un colega suizo alemán Rolf Steppacher. «La relación de crédito, remarca de forma pertinente Rolf Steppacher, crea la obligación de reembolsar la deuda con interés, y por lo tanto producir más de lo que se ha recibido. El reembolso con interés introduce inevitablemente la necesidad de crecimiento así como toda una serie de obligaciones correspondientes. En primer lugar conviene ser solvente con el fin de reembolsar el crédito dentro de una temporalidad definida, luego es necesario producir, en principio de manera exponencial, con el fin de pagar los intereses de la deuda y, por lo tanto, evaluar necesariamente todas las actividades correspondientes *haciendo un análisis del tipo coste-beneficio* (...) Es la combinación de estas exigencias la que 'obliga' a crecer indefinidamente».* La lectura del libro de Willem Hoogendyk me confirmó el camino tomado. Este autor hace de esto un elemento central de su análisis, como lo indica el subtítulo de su libro *Dompter l'argent*. El objetivo no es solo la exigencia de un interés de inversión en el sentido estricto, sino también de un beneficio originado por la inversión o la especulación, como ya lo había señalado Marx en su definición del capital. Esta idea, publicada por primera vez en Holanda en 1983, recibió el apoyo entusiasta de otro economista suizo Hans Binswanger, que también veía, no sin fundamento, en ese mecanismo la fuente de una *compulsión* al crecimiento. Colonizada por la lógica financiera, la economía es como un gigante desequilibrado que solo se queda en pie gracias a una carrera perpetua, que destruye todo a su paso. Esta dictadura de la tasa de crecimiento obliga a las sociedades desarrolladas a vivir en régimen de sobrecrecimiento, o sea, a producir y consumir más allá de cualquier necesidad razonable que tiene como consecuencia destruir el frágil equilibrio de la biosfera que permite la supervivencia de la especie humana.

2. Hoogendyk, por otro lado, extrae, entre otras consecuencias, la necesidad de encontrar la autonomía política y económica local. Para mantener el poder adquisitivo, los flujos monetarios deberían estar conservados en la región lo máximo posible, mientras que las tomas de decisión deberían abrirse a todos los habitantes de la región, también lo máximo posible. Las unidades regionales deberían gozar, asimismo, de una democracia económica (y no solo) política. En principio, el programa de relocalización implica la búsqueda de la autosuficiencia alimentaria, luego la económica y

* Rolf Steppacher, *Cahier de l'IUED, n° 14*, «Brouillons pour l'avenir: contributions au débat sur les alternatives», PUF, París/Ginebra, 2003, pp. 184-185.

financiera. Convendría mantener y desarrollar la actividad de base en cada región: agricultura y horticultura, preferentemente biológica, en respeto de las estaciones. Es así como se ha interrogado por la situación de su país, Holanda, un caso paradigmático interesante que retomo para ilustrar este punto: «Según los cálculos del Instituto de economía rural holandés (LEI) realizados en 1980, una autosuficiencia agrícola era en ese momento viable para los Países Bajos, uno de los países con mayor densidad de población del mundo. Más recientemente, el LEI ha calculado —con una gran sorpresa de sus propios investigadores— que los 16 millones de habitantes podrían comer unos alimentos provenientes de una agricultura biológica doméstica (siempre que se redujera el consumo de carne y consumiendo más productos de estación). Una agricultura extensiva al aire libre en granjas mixtas (con una combinación, o al menos yuxtaposición de la cría de animales y de la producción vegetal de manera que el abono pudiera ser extendido en la misma granja o en la del vecino). Una horticultura extensiva, también, con las actividades de conserva y secado de los productos y otras transformaciones adecuadas. Luego, nuestros residuos, incluidos a la larga nuestros excrementos, deben retornar a la tierra como fertilizantes, alimentos del ganado o como abono. Al suscribir «una cesta» con agricultores individuales y al darles una ayuda en la recolección (como se practica ya un poco en todo el mundo) podemos estrechar las relaciones entre el agricultor/ganadero y los consumidores de sus productos. Y esto, alimentos serán frescos y sanos. Su huella ecológica será infinitamente más ligera (menos almacenamiento, refrigeración y transporte).* Esta autonomía no significa, sin embargo, una autarquía completa. Se puede comerciar, sugiere el autor, con las regiones que han hecho la misma opción y pasar del productivismo a intercambios equilibrados que respeten la independencia regional, es decir, un comercio de excedentes mutuos regionales producidos sin una sobre carga de trabajo de personas y ecosistemas (TV por dátiles, mantequilla por olivas y así sucesivamente).

Resumiendo, la regionalización significa: menos transporte, cadenas de producción transparentes, incitación para una producción y un consumo razonable, una dependencia reducida del flujo de capitales y de las multinacionales y una mayor seguridad en todos los sentidos. Engastar de nuevo la economía en la sociedad local «preserva el medio ambiente que, como último recurso, es la base de todas las economías, abre para la

* Willem Hoogendyk, Let's regionalise the economy - and ourselves of a host of ills! (nota de abril de 2003).

población un enfoque más democrático de la economía, reduce el desempleo, refuerza la participación (y por lo tanto la integración) y refirma la solidaridad, ofrece nuevas perspectivas para los países en desarrollo, fortifica la salud de los países ricos gracias al crecimiento de la sobriedad y a la disminución del estrés».

3. Más preocupado que yo en reformar el sistema sin hacer una revolución y buscando evitar la cuestión de la salida del capitalismo, propone un esquema de transición particular que articula la economía capitalista/productivista en regresión y la antieconomía convivencial en expansión. ¿Hasta qué nivel reducir la producción? En realidad, se ve que volver a la huella ecológica de 1960 no implica tanto producir menos valores de uso, en cuanto a los bienes básicos (agua, alimentos) como a los bienes duraderos (equipamientos domésticos, vestimenta, vivienda), que producirlos de manera diferente, y respecto a los segundos de forma que sean duraderos. Se trata de reducir el sobreconsumo, por supuesto, pero, aún más, la depredación y el desperdicio. Y antes de cerrar las fábricas de automóviles y llevar a los obreros al desempleo, se puede pensar en reconvertirlas en la fabricación de cogeneradores domésticos (cuya tecnología es cercana) para establecer el escenario Negawatt de división por cuatro de nuestro consumo de energía. *Objetor de crecimiento*, Willem Hoogendyk presenta un pequeño esquema bastante verosímil de reducción del PIB del 60%, pero que se traduce en una reducción de consumo útil solo del 25%*.

Este análisis se basa en una reflexión sobre las necesidades enmarcado en el sentido de la medida, elemento central de la construcción de una sociedad de decrecimiento, es decir, de una sociedad de abundancia frugal y de prosperidad sin decrecimiento. Además, intentó razonar sobre la autolimitación de las necesidades: «Respecto a lo que concierne a nuestras supuestas necesidades, afirmadas sin límite» en cualquier manual de economía, puede ser inteligente a la hora de hacer una distinción más precisa que la que lleva a necesidades primarias y secundarias, según la terminología de Keynes, absolutas y relativas, las primeras, teniendo límites naturales y las segundas no». Hoogendyk propone distinguir entre las necesidades fundamentales o normales y las otras. Las primeras: alimentación, vestimenta, alojamiento, trabajo, sociabilidad/sexo, pueden también llegar más allá de lo razonable (más espacio por persona, más

* Ver cuadro de la II Parte, sección Algunas cifras, p. 125.

pares de zapato, más calefacción central, etc.), pero están relativamente sujetas a la saturación. Las segundas, privilegiadas por la sociedad de crecimiento que es una dinámica de creación ilimitada de necesidades, pueden clasificarse en:

- Necesidades de compensación de pérdidas pasadas; por ejemplo, de espacios verdes a causa de los coches que invaden las calles, de lugares tranquilos, de piscinas para reemplazar a los ríos contaminados, etc.
- Necesidades de reparación o prevención de daños; por ejemplo, la purificación del aire y del agua, enladrado de los suelos de los bosques ácidos, etc., en resumen el reino de la ecoindustria en expansión.
- Otras necesidades creadas por los desarrollos precedentes; por ejemplo, la necesidad de nuevos empleos debido a la automatización, de mayor transporte, debido a la organización física del espacio basada en la separación, para máquinas que producen con mayor rapidez; debido a la competencia desenfrenada, etc.
- Uno de los objetivos del sistema productivista es crear necesidades que, al mismo tiempo, traten de satisfacer al producir los bienes correspondientes de reparación, de compensación o de consolución.*

4. Propone también una forma original de adaptación del trabajo: la reducción debería combinarse con la posibilidad de cambiar de actividad de acuerdo a los períodos de la circunstancia o de su vida personal. Según Willem Hoogendyk, convendría diversificar el tipo de trabajo, «Si, por ejemplo, la montura de televisores constituye el empleo principal, durante una bajada de la demanda de televisores, el asalariado podría dedicarse a una actividad agrícola, a un centro de ajardinamiento comercial, en la construcción, o en la educación, el transporte, la sanidad, la práctica de deportes con adolescentes con problemas, etc. La mayor parte de la gente tiene aptitudes que van más allá de su trabajo asalariado ordinario —según todo lo que hacen en sus momentos libres—. Incluso, si hasta el momento presente existe una tendencia hostil comprensible de los sindicatos a este respecto, las agencias de trabajo temporal actuales, populares tanto entre los empleadores como entre los empleados, debido a la diversidad de trabajos propuestos, van en la dirección justa».** Sería

* Willem Hoogendyk, op. cit. Concluye su análisis: «¿Necesidades ilimitadas? ¡Una creación ilimitada de necesidades!».

** Willem Hoogendyk, op. cit.

suficiente concebirlas con otro espíritu. Esta ductilidad que nombra con una palabra desgraciada *flexibilidad*, debería combinarse con una reducción masiva del tiempo de trabajo. Reducir los horarios de trabajo, en efecto, es un elemento esencial de la lucha contra el desempleo. Por supuesto, se trata de compartir el trabajo para que todos los que quieran puedan tener un empleo. Combinadas con la existencia de la instauración de un ingreso de ciudadanía razonable y la fijación de un ingreso máximo, estas medidas participarían finalmente en el necesario fin de la esclavitud, a la vez voluntaria y forzada, que es el trabajo asalariado en las economías productivistas.

Como vemos, el proyecto de Willem Hoogendyk reúne de forma amplia el espectro de preocupaciones de los partidarios del decrecimiento. Totalmente aislado en Holanda, fue feliz al encontrar en Francia una pequeña francmasonería de objetores de crecimiento. Invitado, el 1 de abril de 2005, a participar en la fundación de la revista *Entropía* (Revista de estudio teórico y político del decrecimiento), recuerdo que al final del día, al preguntarle si estaba satisfecho, me respondió: «El viaje me ha costado un poco caro porque compré mi billete en el último momento, ¡pero valió la pena!» Fue nuestro primer encuentro. Rápidamente, solicité la traducción y di a conocer su obra precursora en Francia. Me alegro de que finalmente pueda aparecer, después de muchos problemas, en una forma accesible a todos, pedagógica y atrayente para las jóvenes generaciones que tendrán a su cargo el intento de construir un futuro sostenible.

COMENTARIOS DEL AUTOR A ESTA EDICIÓN

Historia del libro

La primera versión de este libro apareció en inglés en 1991 con el título de *The Economic Revolution – Towards a sustainable future by freeing the economy from money-making*. La edición, que tuvo una tirada de 2.000 ejemplares, fue reimpressa en 1993 (también con 2.000 ejemplares). Fue traducido al indonesio en poco tiempo y suscitó un vivo interés en Cataluña y en Taiwán. En la República Checa, los profesores de la Universidad de Brno hicieron la traducción integral, pero el editor decidió que su publicación era muy arriesgada: justamente después de la caída del régimen soviético la gente no podía permitirse criticar el tipo de economía a la que se dirigía la Europa del Este. Por otra parte, el libro originó numerosos debates en diferentes países, desde Brasil a Japón.

Sin embargo, en esa época las mentes no estaban todavía receptivas para entender el mensaje dado en este libro, como tampoco no pudieron entender el del Club de Roma y su informe *Los límites del crecimiento*. Los años noventa se caracterizaban por el nuevo orden político cuyo elemento catalizador había sido la caída del muro de Berlín en 1989 y por una intensificación de los intercambios internacionales, con la emergencia de potencias económicas en Asia y en América del Sur. Europa debía, por lo tanto, lanzarse desenfrenadamente a una competición mundial en efervescencia. El medio ambiente fue relegado a un segundo plano, por detrás de las cuestiones económicas, del empleo y de la competitividad. El modelo renano, el más social de los modelos capitalistas, tuvo problemas para poder resistir. Después del atentado del World Trade Center en Nueva York, en septiembre de 2001, la seguridad y la integración pasaron a ocupar el primer lugar en las preocupaciones.

Dicho esto, la mayor parte de los economistas y profesores de economía no querían reconocer la realidad de la influencia ejercida por el sistema monetario tal como está descrita en este libro. Considerando el dinero como

un simple facilitador, calificaban la opinión del autor de herética. Esto, por el contrario, no planteaba ningún problema a los no economistas y todavía menos a los empresarios. Pero cuando los militantes o las organizaciones ecologistas consultaban a los economistas, estos le desaconsejaban leer este libro. Yo mismo aconsejaba a los estudiantes de economía leer mi libro después de haber pasado los exámenes, para evitarles un mal juicio.

Mientras el libro solo estuvo disponible en Amazon, cada vez era más evidente que las economías modernas, su productivismo y el sobreconsumo desregulaban considerablemente al planeta. En cuanto a la reducción de las desigualdades sociales, del hambre y de la pobreza en el mundo, los objetivos estaban muy lejos de conseguirse. En este contexto, la campaña sobre el calentamiento climático del exvicepresidente de Estados Unidos, Al Gore, encontró un eco considerable. Frente a las operaciones ofensivas de los fondos de capitales de todo tipo, los capitalistas comenzaron a plantearse preguntas sobre el capitalismo. Las conciencias también se despertaron cuando los humos de los coches incendiados en los barrios periféricos pobres de París comenzaron a alcanzar a los barrios acomodados de Neuilly. Lentamente —sin duda, demasiado lentamente— se tomó conciencia del hecho de que los desarreglos de la biosfera y el calentamiento de la Tierra tenían que ver con el comportamiento de los humanos y con el sistema económico mundial. El cambio climático se convirtió en un tema candente de discusión, incluso cuando el razonamiento económico a corto plazo prevalecía sobre el discurso de buenas intenciones. Era absolutamente inconcebible e indeseable imaginar algún tipo de decrecimiento. Eso habría herido demasiado a los consumidores, a los electores y a la opinión mediática. Se necesitaba, ante todo, tener un discurso positivo y atrayente para no asustar a las masas.

La idea de una economía del decrecimiento permanece, por lo tanto, en numerosos países como una visión aterradora y, para muchos economistas un tabú. Sin embargo, algunos economistas y científicos «disidentes» han denunciado los efectos negativos de las economías modernas y proponen en respuesta ralentizar el ritmo del crecimiento, incluso decrecer. Entre estos, podemos citar a: Herman Daly, Donella y Denis Meadows (EE UU), Roefie Hueting (Países Bajos) Edward Goldsmith (Reino Unido), Hans Christoph Binswanger (Suiza), Otto Ulrich (Alemania) y André Gorz (Francia), Joan Martínez Alier (España), sin olvidar a aquellos que los han inspirado: Nicholas Georgescu Roegen (EE UU), Fritz Schumacher (Reino Unido, *Lo pequeño es hermoso*) y los pensadores a contracorriente como Ivan Illich y Robert Jungk.

Como en España, una pequeña minoría de la *intelligentsia* francesa adoptó una actitud positiva frente al decrecimiento y prosiguió una reflexión sobre el tema. Con este propósito, en Francia surgió una publicación bimensual llamada *La décroissance*, impulsada por los iniciadores de la asociación *Casseurs de pub*.*

También en Catalunya se creó la *Associació Una Sola Terra* la cual organizó una de las ediciones de su *Simposi Una Sola Terra* dedicado específicamente al decrecimiento (*Decreixement per salvar la Terra*, CCCB, 13-14-15 diciembre 2008) en el que se instó a dejar de utilizar el concepto de «desarrollo sostenible» y se propuso un debate democrático entorno al «decrecimiento». Las ponencias presentadas por los participantes en el simposio se publicaron en la obra *El decreixement per salvar la Terra* (DIBA, 2009).

Esta asociación, conjuntamente con la revista francesa *Entropia*, había organizado anteriormente la primera *Trobada dels Països Catalans pel Decreixement* (18-19-20 abril 2008, *Abadia de Sant Miquel de Cuixà*) donde se expresó la necesidad de vincular el decrecimiento al proceso de autodeterminación de las naciones oprimidas, para que estas puedan gestionar con eficacia ecológica sus recursos naturales del territorio. En el manifiesto que allí se redactó anunciaba proféticamente que «nos encontramos en la vigilia de un derrumbe del sistema económico y financiero mundial». Por ello se reivindicó «el decrecimiento como un nuevo estilo de consumo, vida y trabajo basado en las energías renovables, el uso eficiente de la energía, el transporte público no contaminante, la agricultura biológica y un consumo responsable». En España destacan como investigadores y difusores del decrecimiento, Giorgos Kallis, Federico Demaria, Joan Martínez Alier, Jorge Riechmann, Carlos Taibo, Ramón Fernández Durán (fundador de *Ecologistas en acción*), Yayo Herrero.

La reflexión sobre el decrecimiento fue principalmente alentada gracias a la revista *Entropia. Revue d'étude théorique et politique de la décroissance* y a la asociación constituida en torno a esta revista. Es este grupo de reflexión el que tuvo la idea, aconsejó e incitó a la publicación de una versión francesa de *The Economic Revolution*. La idea era no solo traducir la obra al francés sino también de completarla teniendo en cuenta el contexto francés. El interés por una nueva edición de este libro se ex-

* [N. de trad.] *Casseurs de pub* es el nombre de una asociación sin ánimo de lucro que promueve la creación gráfica y artística basada en la crítica a la sociedad de consumo y la promoción de alternativas a esta sociedad.

plica, en parte también, por el hecho de que es accesible al gran público y está abundantemente ilustrado. Ahora tenéis aquí el resultado.

Contenido

Mientras numerosos economistas «verdes» como Daly, a quien debo mucho, desean llegar a una economía más tranquila y sostenible con la introducción de ecotasas y cuotas, yo pongo el acento en la función motora del sistema monetario y financiero en el fenómeno del crecimiento. Respecto a esto, Bingswanger (quien me alentó en seguir en mi camino de economista autodidacta) y yo mismo compartimos las mismas ideas y nuestras obras han sido publicadas en el mismo período. El sistema monetario y financiero moderno crea una «compulsión al crecimiento». Creo que es este sistema el que se debe atacar en primer lugar si queremos realmente obtener una economía más tranquila y más sostenible. También la primera parte de este libro está dedicada al papel y al funcionamiento del dinero en nuestra sociedad moderna. Como ya hemos mencionado, el análisis es herético en la medida en que va en contra de la idea dominante, según la cual, el dinero es un simple facilitador en la economía. Por ello, también aparecen en este libro dos pasajes que enuncian «contra argumentos».

La segunda parte contiene sugerencias para pasar de una economía a esta otra y, con osadía podemos decir, a otra sociedad. El aspecto esencial de esta transformación es el pasaje del conjunto de la economía actual, basada en la oferta, a una economía adaptada a una demanda razonable. Otro aspecto de la metamorfosis impuesta al capital: de señor a servidor. En esta sociedad, el desempleo no existirá más. Una propuesta clave es la doble flexibilización, la de la remuneración del capital y la de la organización de trabajo. Esto implica un verdadero cambio en nuestra manera de ver y en el paradigma actual que estas palabras de Keynes pueden ayudar a comprender: «La dificultad no es la generación de nuevas ideas sino el escapar de las antiguas que se han ramificado, para la mayoría de nosotros que fuimos alumnos de la manera que lo fuimos, por todos los rincones de nuestro espíritu.»* O más poéticamente: «No se pueden descubrir nuevas tierras sin consentir en perder de vista la orilla durante un largo período.» (André Gide)

Dado que todos estamos, tanto colectiva como individualmente, atrapados en las redes de la economía monetaria y del comercio mundial, considero esta transformación como una *liberación*. Las ideas negativas asociadas al

* 1973, p. xxiii.

decrecimiento son comprensibles: las personas, las empresas y los estados tiene pies y manos ligados a la economía actual, y todos dependen del crecimiento. Valorar esta perspectiva de liberación, que estará acompañada de la participación de todos en otra economía y el fin de la destrucción del medio ambiente, llevará a la gente a ver las cosas en forma positiva.

La tercera y última parte propone ideas prácticas en cuanto a iniciativas posibles en los diferentes niveles de la sociedad —esta opción responde a que el autor siempre prefirió la acción en el seno de grupos militantes a la mera reflexión intelectual. Se imponen medidas de restricción y para poder implementarlas es indispensable, más allá de las medidas ecológicas, estructurales y técnicas, restaurar la solidaridad. La relocalización de la economía —la solución en cualquier parte del mundo— puede proveer la base *material* fundamental para esta transformación. Esta parte del libro, redactado originalmente hace casi 20 años, anunciaba ya las transiciones que actualmente se ponen en marcha.

La sobriedad del estilo de vida, *absolutamente imperativo para nuestra sociedad*, será compensada por una *liberación* de la producción, del empresario y de la economía al completo. En efecto, un aspecto interesante de esta obra es que aborda con benevolencia la posición de los empresarios, un grupo de población que no importa lo que haga no pueden, caer en gracia a la «izquierda». Este libro espera contribuir a un acercamiento entre los diferentes grupos sociales, sin lo cual cualquier intención de cambio será destinada al fracaso.

El texto de la nueva edición ya estaba acabado cuando a fines de 2008 la crisis de crédito estalló. Denunciando la vulnerabilidad de nuestra economía y proponiendo una gran «poda», el libro no tenía necesidad de ser revisado. De todas maneras, hemos aportado algunos agregados significativos a lo largo del libro. Un corto texto reativo a la crisis se agregó también al comienzo del libro.



Henk Groeneveld

Cómo leer este libro

Hay tres maneras posibles de leerlo. Recorriendo las ilustraciones y sus leyendas podemos tener ya una buena idea del contenido del libro. Estas ilustraciones son reflejo de mi experiencia y de mi espíritu de educador. También se puede leer el texto principal, compuesto de tres partes. Finalmente, los perseverantes podrán profundizar su lectura y leer las notas del final del libro, a menudo muy detalladas. Un índice los guiará en su búsqueda. Espero que los lectores me perdonen la extensión de algunas notas que, según creo, son indispensables en la profundización del tema correspondiente.

Debemos remarcar que una de las expresiones clave del libro, «sistema de la multiplicación del dinero», era, en su origen, en la versión inglesa *Money-must-grow*, es decir, literalmente, «el sistema del dinero debe crecer». Esta traducción literal era imposible, pero es de eso de lo que se trata.

Agradecimientos

Agradezco al equipo de Icaria el esfuerzo desarrollado al editar este libro, que plantea algunas dificultades y no es de fácil consecución. Agradezco asimismo a Serge Latouche la redacción del prefacio. Josep Puig se ha responsabilizado del control final y de la adaptación de los contenidos al ámbito español así como al de otros países de lengua española. Muchas gracias! Finalmente expreso mi reconocimiento a la Fundación Steingraber que ha colaborado en la publicación de la edición en lengua española.



PRÓLOGO

La crisis ¿un don del cielo?

En la introducción de la versión inglesa de este libro que se publicó en 1991, comparaba las sociedades modernas con gigantes desequilibrados condenados a correr para no caerse; y en su carrera, destruye árboles, animales y paisajes. El agua, el aire y el suelo. Los pueblos, los viejos centros históricos, las estructuras sociales, la gente. Se afirmaba que solamente había una solución: decrecer o no ser.

Desde entonces, los gigantes, empujados por el sistema monetario y financiero y librando a su vez una encarnizada batalla entre ellos, aceleran su loca carrera. La burbuja económica mundial continuó hinchándose.

Es cierto que el clima y la naturaleza enviaron señales de peligro pero, como reacción, se afirmó que era necesario, justamente, seguir en ese camino del crecimiento para poder financiar las medidas necesarias para nuestra protección. Se hablaba entonces de desarrollo duradero, lo que tranquilizaba a un buen número de verdes al mismo tiempo que se satisfacía a los empresarios y políticos ya que, en la práctica, este tipo de desarrollo inducía a un crecimiento continuo.

La informatización generalizada de las actividades e Internet volvieron eufórica a la gente: en esta «economía nueva», las depresiones eran cosas del pasado. Aún se era muy poco consciente del hecho de que la Tierra se doblegaba cada vez más bajo el yugo del productivismo, se pensaba que con algunas medidas medioambientales era suficiente. Tampoco podíamos pensar de otra manera ya que éramos prisioneros del crecimiento y del corto plazo. A fines de 2008, el absceso del crédito que crecía desde hacía un tiempo reventó y la máquina del crecimiento, de repente, se detuvo.

La nueva versión de este libro, en francés, estaba ya acabada cuando la crisis de los créditos estalló. El libro describe en detalle por qué el sistema de creación de dinero por los bancos tiene un papel preponderante en la puesta en marcha del productivismo exacerbado que aguantan, en la actualidad, nuestras sociedades. El mundo entero está embarcado en una economía-burbuja donde todo está intrínsecamente ligado de modo que es suficiente un pequeño contratiempo para que todo estalle. El autor estima que esta crisis es, ante todo, el resultado de un estancamiento en las ventas y de una saturación natural del consumo: después de un período de alta coyuntura sigue inevitablemente un período de baja coyuntura y este estancamiento propina un golpe al sistema económico-financiero «moderno» que depende del crecimiento. Efectivamente, puede ser que el malestar de 2007 y 2008 haya comenzado de esta manera, por un estancamiento en el consumo y en las exportaciones. De todas maneras, antes, la enorme creación de dinero por los bancos había conducido a inflar el balón económico hasta el límite. Estos, por otro lado, blandieron el bastón de los intereses y ejercieron de forma irresponsable una presión sobre el conjunto de la economía.

Pero los créditos inmobiliarios emitidos irresponsablemente en Estados Unidos, finalmente, arrastraron una enorme implosión en este país y en todos los otros en los que se había comprado productos derivados de esos créditos. La circulación monetaria entre los bancos se ralentizó de inmediato y algunas instituciones bancarias quebraron. Así es como países completos se encontraron en dificultades y los gobiernos y el Fondo Monetario Internacional tuvieron que intervenir financieramente. El estancamiento del crédito repercutió sobre las empresas y el consumo y, por lo tanto, en la esfera de lo real. La burbuja se deshinchó y se comenzó a criticar al capitalismo.

Por cierto, no es la primera crisis que atravesamos pero es especialmente grave por el hecho de que, comparada con los años treinta del siglo pasado, el nivel de autosuficiencia se redujo considerablemente en la mayoría de los países. La internacionalización más intensa de la división del trabajo, del comercio y de la circulación del dinero ha reforzado la dependencia entre economías.

Los Verdes, los «objetores de crecimiento» —de los que el autor forma parte— y otros militantes en búsqueda de soluciones alternativas al capitalismo no están preocupados por la desaceleración actual de la economía, ya que esto disminuye la presión ejercida sobre el medio ambiente y sobre la Tierra —base de toda vida, de toda economía—. Por el contrario, el decrecimiento que propugnan desde hace mucho tiempo parece caerles como anillo al dedo, durará un tiempo... o puede ser que mucho tiem-

po. El dinero, en tanto que motor, incluso propulsor de la economía, ha perdido fuerza. Pero la crisis también afectó la función básica del dinero, ser un engranaje necesario y sano. Por lo tanto, la crisis dañó más profundamente la economía real de lo que lo hubiera hecho «el aterrizaje suave», preconizado y preparado por esos objetores de crecimiento. Ese aterrizaje hubiera permitido evitar el crash que, como se temía, llegaría inexorablemente si no se actuaba. Pero, en esa época nadie hizo caso de esas opiniones. Y se los tachaba de no enterarse de nada. Porque, ¿una crisis? ¡Imposible, nunca más se producirá una! En cambio, un aterrizaje suave también habría impedido que políticos populistas sacaran provecho del aumento del desempleo y del deterioro de las condiciones de vida que actualmente sufrimos.

Sin embargo, todavía no es demasiado tarde para encarar el Gran Cambio y aterrizar suavemente. ¿Quién sabe? Hay algunos países que parece que están superando la crisis y los bancos se someten a controles más estrictos. También deseamos que los países vigilen mejor sus gastos ¿Esto será suficiente? ¿El restablecimiento será duradero? Y, ¿tendremos que alegrarnos de una salida de la crisis que signifique la continuación de la degradación de la Tierra, un aumento del desempleo y de la precariedad? Esperemos que la crisis y sus rebotes ejerzan una influencia positiva, de modo que la ciudadanía sea más consciente y crítica. Podría ser que surja un movimiento que inspire a la ciudadanía europea y de otros países del mundo y la incite a trabajar por una sociedad más sobria y al mismo tiempo más inteligente y más humana. Si fuera así, podría ser que nuestros nietos opinen que esta crisis fue un don del cielo.